

## **Muro, filtro, reducto: biopolítica de la frontera. Presentación.**

**Pablo Posada Varela.** Université Paris IV Sorbonne – Bergische Universität Wuppertal

El grupo de artículos que presentamos a continuación ve la luz a modo de “precuela” de un grupo más extenso de artículos sobre la cuestión de la frontera entendida en un sentido más amplio, y que aparecerá en el próximo número de la revista *Eikasía*.

Los artículos que constituyen esta precuela corresponden, en su mayoría, a intervenciones y conferencias impartidas en el marco de un encuentro en Bonn en febrero de 2016 en torno a la cuestión de la frontera, organizado por Anastasia Barone y tutelado el profesor Jean-Christophe Goddard, de la Universidad de Toulouse, que lleva años constelando en torno a sus investigaciones a todo un grupo de alumnos dedicado a temáticas afines a las cuestiones que aquí se tratarán (biopolítica, decolonialismo y otras formas de escapar a cierto destino eurocentrista de la civilización y del pensamiento, o al menos de poner en solfa lo que, sin la suficiente distancia, llevamos siempre dando por bueno y válido). De esa ocasión que fue el seminario de invierno del Máster Erasmus-Mundus “Europhilosophie” surgió la idea de hacer un número especial sobre la frontera, generosamente acogido por la revista *Eikasía*. Al correr de los últimos meses, y decidiendo expandir la temática más allá de la denominación meramente geográfica de la frontera, el potencial número monográfico fue adquiriendo dimensiones pantgruéticas. Hemos convenido pues en adelantar esta precuela centrada en la biopolítica y en ciertos aspectos del pensamiento decolonial y que, a modo de transición hacia el número siguiente (hacia una idea más amplia de la frontera, que entronca con su fundamento transcendental-fenomenológico, más a flor de piel, más a sobrehaz de subjetividad encarnada), termina por un ejercicio literario-filosófico de Jean-Luc Nancy a que dan pie algunos poemas de la poetisa serbia Jasmina Jovanovic.

Como señalaba Anastasia Barone en aquella ocasión, en Bonn, en febrero de 2016 al presentar las intervenciones de que proceden los textos que siguen, nos las

veremos, aquí, con una reflexión alrededor de la frontera como delimitación, pero también como trayectoria, línea, flujo. Recordaba A. Barone en su presentación cómo la frontera separa al tiempo que unifica (*Mezzadra-Nielson*, 2013) y ello no solo desde un punto de vista geográfico. Como sabemos, las fronteras no se limitan a ser líneas de demarcación geográfica sino que sostienen, al mismo tiempo, toda una serie de prácticas múltiples que buscan separar, diferenciar. Prácticas ora directa, ora indirectamente represivas, y este arte de la acción diferida y no directa tiene todo que ver con la “acción” biopolítica.

Estas cuestiones fronterizas en un sentido físico-político no son ajenas al hecho de que existan también fronteras de tipo epistemológico, como pondrán de manifiesto los textos de Manuel Tangorra y de Juliano Bonamigo Ferreira de Souza. Como señalábamos más arriba, ello aparecerá con mayor claridad en el conjunto de este número especial sobre las fronteras que verá la luz, en su totalidad, en el próximo número de *Eikasía* (que, en principio, verá la luz en Diciembre). Sea como fuere, la frontera constela toda una multiplicidad de fenómenos. Anastasia Barone recordaba en la introducción que pronunció en Bonn en febrero de 2016 el diagnóstico, cuando menos contraintuitivo, de Étienne Balibar y de Sandro Mezzadra (entre otros): el fenómeno de la mundialización, lejos de abatir las fronteras, provoca una multiplicación de las mismas, señaladamente en el interior de los propios estados.

Efectivamente, desde el verano de 2015, Europa se ha visto sacudida por una aceleración inédita de los movimientos migratorios. El fenómeno de los refugiados se ha convertido en capital para los Estados europeos. Peter Faria y Anastasia Barone apuntan en sus textos al inquietante espectáculo consistente en ver cómo, durante meses, las fronteras se cierran para, de una semana a otra, volverse abrir. Permitámonos aquí hacer una breve explicitación en español de sus contribuciones en este punto preciso, apoyándonos también en el genial texto de Sabine Volk (como el lector tendrá ocasión de comprobar, la contribución de Sabine Volk ofrece una inmejorable ilustración y un inestimable complemento concreto a las reflexiones de los dos primeros textos). En cualquier caso, quisiera recalcar que en muchas partes de lo que sigue, reformulo en español algunas de las contribuciones de los citados tres actores, y que el lector hallará desarrolladas con más detalle en sus respectivos artículos. Basándome en las traducciones y reformulaciones que elaboraré a modo de

presentación, añadiré algunas reflexiones filosóficas sobre el proceder de la biopolítica así como algunas meditaciones de tipo más general que habrán de servir de puente al próximo número monográfico, dedicado a la frontera aunque en un sentido aún más amplio.

Tanto A. Barone como P. Faria subrayan en sus textos cómo, a partir de marzo de 2016, Europa firma un acuerdo con Turquía que parece renunciar a uno de los principios clave de la Unión Europea, a saber, el principio de acogida o de no rechazo. A decir verdad, dicho acuerdo pone así de manifiesto que el gobierno o gobernanza de la movilidad europea no se detiene en sus fronteras geográficas. Lo cierto es que la crisis migratoria europea se ha saldado con un flujo inmigratorio sin precedentes, procedente del Medio Oriente y de África. Es el contexto en que se insertan los tres primeros textos que aquí presentamos.

Bien pensado, el fenómeno al que responden de distinta forma estos tres textos arranca ya en los años 2010<sup>1</sup>, para llegar a un acmé en 2015, año en el que el fenómeno se recrudece en virtud de la presión ejercida por grupos radicales salafistas que, aprovechando la destrucción de determinados Estados a manos de potencias occidentales, se hacen con el territorio y empujan poblaciones enteras hacia otros horizontes. Más de un millón de inmigrantes y refugiados atraviesan las fronteras de la Unión Europea a través de Turquía, penetrando en territorio Schengen por la frontera griega. Se cruzan también otras fronteras. Por ejemplo las de Italia y España. Efectivamente, del orden de 940.000 inmigrantes arriban a Europa por mar en 2015 mientras que, en 2014, apenas alcanzaban los 300.000. En la travesía perecen del orden de 3.400. Casi 900.000 solicitan asilo político en 2015 (en cifras de la Agencia de Inmigración de la Unión Europea). Alemania es el país que reúne mayor número de solicitudes (300.000). Con todo y con ello, países como Líbano o Turquía reciben un contingente de refugiados superior al de toda Europa. Sólo en el Líbano se reciben poco menos de un millón de refugiados. Los refugiados sirios son los más números, dadas las terribles circunstancias geopolíticas que asolan la región.

¿Cuál ha sido la reacción de los gobiernos de la Unión Europea? Pues bien, tal y como subrayan Faria y Barone en sus textos, los gobiernos europeos han puesto en

---

<sup>1</sup> El lector encontrará mayores precisiones y el detalle de las fuentes remitiéndose, precisamente, a los tres primeros artículos que aquí introducimos. Subrayo pues lo mucho que este texto de presentación debe a los textos presentados (en algunas referencias y en no pocos datos que reexponemos aquí para el lector hispanófono).

marcha estrategias biopolíticas varias. Será en mayo del 2015 cuando la Unión Europea proponga un sistema de cuotas de recepción, un plan para repartir la afluencia de migrantes en orden a la capacidad económica de cada país; capacidad que tenía en cuenta parámetros como la tasa de paro, el PIB o el número de habitantes. Muy pronto, del plan inicial de recepción de unos 40.000 migrantes, se pasó, ya en septiembre de 2015, a una revisión al alza que contemplaba acoger a 160.000.

La afluencia de inmigrantes clandestinos precipita una cascada de cierres de frontera y suspensiones del espacio Schengen. Así sucede del lado francés, que cierra sus fronteras con Italia. Sabemos que los acuerdos Schengen contienen una cláusula que prevé la posibilidad de una suspensión de esa libertad fronteriza en caso de crisis o fuerza mayor. Hungría levanta un muro, ese mismo verano, a lo largo de su frontera con Serbia, y establece por ley una pena de tres años de cárcel a quienquiera se aventure a atravesarlo. La fecha del 13 de septiembre sanciona ya por entero el vuelco de los acontecimientos. La Alemania que con tanto ahínco y optimismo había alentado el proceso, bloquea su frontera con Austria. La frontera deviene en criba, y el resultado consiste en una sustancial reducción del número de peticiones de asilo político en territorio alemán. De hecho, Anastasia Barone, en su brillante artículo, muestra cómo la convención de Schengen desempeña aquí un papel esencial pues rubrica todas las contradicciones de la Unión Europea, enfrentada a sus propios fundamentos, a toda una serie de implícitos, en esta situación de crisis. La tensión de fondo que dibuja esta situación constituye un terreno abonado para determinados usos específicamente biopolíticos. Los tres textos que nos ocupan son especialmente sensibles a la especificidad de la biopolítica, sobre todo por lo que hace a esa palanca biopolítica por antonomasia en que consiste, precisamente, la gestión de la frontera.

La particularidad de la biopolítica respecto de los mecanismos de disciplina y represión *directos* estriba en la distancia espacio-temporal de sus efectos y previas causaciones. No se actúa y causa de inmediato. Antes bien se causa o propicia o genera indirectamente lo que será, andado el tiempo – y el espacio – causa inmediata de lo que se quería provocar. De ahí que – y estos tres trabajos insisten en ello de modo notable – la biopolítica, usando de lo indirecto y lo no inmediato, pueda actuar de modo aparentemente contradictorio, a la manera de un oxímoron

sorprendentemente fecundo, una contradicción diferida que, lejos de implosionar sobre sí misma, expande sus efectos.

Efectivamente, ese carácter de no inmediatez permite e incluso busca, precisamente, enmascarar la *acción* biopolítica como *acción*, busca ocultarla bajo la apariencia de una *no-acción*, es decir, de un mero acaecimiento impersonal, de una simple consecuencia del curso de las cosas. Las posibilidades de enmascaramiento se declinan según las particulares cualidades espacio-temporales de dicha acción, y la acción no causante que, antes bien, genera una disposición causante. Se trata pues de no actuar sobre la causa misma sino, corriente arriba, sobre su génesis o sobre algún género de contra-tendencia que refuerce la disposición causante. Esta forma de actuar es palmaria en esas no inmediateces cualitativas (no se actúa directamente sobre la causa misma) que derivan en contradicciones (se fomenta en parte aquello contra lo que se combate). Así, por ejemplo, dejar o incluso “respetar” una criminalidad residual es una maniobra genuinamente biopolítica de gestión de la criminalidad en general. Se trata pues de no actuar directamente sobre la criminalidad, de no erradicarla por completo. Así, con vistas a crear condiciones de acción futura de un lado, y de auto-inmunidad de otro, se apuesta por una represión no inmediata pero más duradera.

De modo análogo, hay autores (Anastasia Barona cita con mucho tino al sociólogo americano Nicholas de Genova) que han estudiado cómo un proceso similar se aplica a la cuestión migratoria. ¿Qué queremos decir con ello? Que el funcionamiento fecundo (estatal y socio-económicamente) de la cuestión migratoria para un país pasaba por la creación intencionada de una sub-categoría: la de los migrantes ilegales. Hay pues una cuota deseada generada por la especificidad de la criba fronteriza, una *disfunción funcional* que busca crear ilegales e incluso dar cierta instancia y beligerancia a la categoría jurídica de los ilegales. ¿Por qué? ¿Qué sentido y efectos tiene esta intencionada disfunción de la criba fronteriza? ¿Qué juego a varias bandas se pone aquí en práctica? El siguiente: la producción de subjetividades ilegales proporciona un apoyo fundamental a la gestión y al control toda vez que los ilegales engrosan una reserva de “deportabilidad”, una suerte de estabilización de la precariedad que permite todo género de réditos a cierta clase pudiente. Así, la codicia capitalista puede “emplear” (en todos los sentidos del término) esa bolsa de

inmigrantes ilegales porque éstos sufren un chantaje permanente. Estos réditos pueden ir desde la reducción de salarios, a la presión sobre los inmigrantes legales o los trabajadores “autóctonos”, pero también a la ruptura de huelgas o las deportaciones ejemplarizantes.

La frontera es pues esa inmediata productividad de no inmediateces disposicionales, esa actualidad de la potencia como potencia – por retomar aquí los términos en que Aristóteles se refería a la *dynamis* – cuya importancia biopolítica en la Europa de hoy es notable. La frontera no es una mera marca sobre el territorio, sino que es, antes bien, una matriz productora de tendencias, diferimientos y otros modos de gestión temporal cuyos elementos y palancas son los sujetos como elementos vivos. El operador “frontera” sanciona de un determinado modo dichos elementos vivos, según las necesidades políticas y socio-económicas, concediendo tal o cual estatuto, o permitiendo – i.e. intencionadamente *no corrigiendo* – determinadas disfunciones. Genera pues, del lado “de acá” de la frontera, tendencias potenciales, dispositivos más o menos a la mano, y posibles cursos histórico-sociológicos en la persona de sujetos vivos.

Por lo demás, Foucault insiste en que la puesta en marcha de medidas biopolíticas en absoluto se opone a los modos de disciplina y represión directos, que fueron objeto de las primeras investigaciones del historiador y sociólogo francés. Ambas modalidades de gobierno coexisten y se complementan. Así, una disfunción fronteriza controlada permite la reorganización y fortalecimiento de la propia represión directa. Se trata, en suma, de dos modalidades convergentes del control.

Ahora bien, los textos que aquí introducimos insisten también sobre lo inaudito de la situación presente. Efectivamente, la biopolítica del descontrol en loor del control ha empezado a resultar incontrolable. Las dosis de este *phármakon* biopolítico no pueden ya medirse, lo cual explica el vuelco al que hacíamos alusión más arriba, y que culmina con el giro de 180º de la posición alemana (aunque dicho vuelco tampoco haya sido definitivo). Lo cierto es que la homeóstasis del desorden, otrora fecunda, deja de funcionar en un determinado momento de la crisis europea (y no sólo por causas vinculadas al terrorismo). En otras palabras, la disfunción se dispara, se sale de órbita, volando bastante más allá del efecto de espontaneidad y sorpresa con que la treta biopolítica se disimula. El acto de gobernancia biopolítico,

contrariamente al acto de gobierno directo, requiere una impresión de descontrol, un revestimiento de espontaneidad relativa y confinada, para así obrar su efecto.

A decir verdad, la gobernancia biopolítica, llevada a su extremo, se asemeja, *a limine* y estructuralmente, a operaciones de falsa bandera. La genuina causa de lo biopolíticamente inducido consiste en una autoría diferida o provocada. No se trata pues de provocar directamente operaciones ocultas (o de falsa bandera), sino antes bien de producir (entre otros mediante la palanca u operador biopolítico “frontera”) aquellos sujetos que, a su vez, generarán dichas operaciones en plena conciencia, en franca imputabilidad, sin por ello tener a la vista la entera dimensión de un tablero en el que, bien pensado, no son sino meros peones. Ahora bien, ni ellos ni los ciudadanos deben tener a la vista las dimensiones del tablero, las auténticas oposiciones y líneas de fuerzas. Éstas se ven sistemáticamente recubiertas por falsas oposiciones que tienen por objetivo la absoluta polarización de la afectividad potencialmente revolucionaria o contestataria. Toda lucidez queda entonces falsamente cebada en torno a falsas oposiciones que tan sólo ocupan una porción del tablero de juego. Ejemplo de ello es el uso que cierto capitalismo secretamente opresor ha hecho de la extrema derecha, polarizando y desviando todo auténtico progresismo en los términos de una presunta lucha anti-fascista cuando la auténtica oposición estribaba en ciertos supuestos del liberalismo capitalista por ende a recaudo de todo escrutinio crítico. En ese juego de manos que reduce el campo absolutizando oposiciones parciales se cifra la traición de la reciente izquierda social-demócrata (que ni es social, ni es demócrata).

Hechas estas últimas precisiones, y por volver al contexto, estructuralmente análogo, de la crisis migratoria, señalemos que, efectivamente, cierta indisciplina de la espontaneidad (la biopolítica se mueve siempre a distintos niveles, y según estrategias de diferimiento que arrojan contradicciones tan sólo aparentes) ha puesto en jaque la conjunción entre gobernancia y soberanía. En otras palabras, las estrategias de gobernancia biopolítica han empezado a ser deletéreas para la soberanía tanto en el contexto europeo como en el interior de cada estado, de ahí que las escalas de gobernancia biopolítica y represión directa hayan cambiado, localizándose a escala inter-estatal. De hecho, los problemas y disfunciones han sido tan graves, que su natural localidad ha llegado a amenazar la escala de la soberanía

nacional: así, en la decisión de cierre de la frontera alemana fue decisiva la amenaza del *Land* de Baviera de tomar unilateralmente la decisión de cerrar su frontera con Austria, puenteando así al Estado Federal Alemán, y cerrar también, si fuera necesario, su frontera con otros *Länder* a través de los cuales pudiera derivarse el flujo migratorio.

El episodio de la llamada “jungla de Calais” ejemplifica la pérdida de control sobre los efectos indirectos de la biopolítica en el contexto europeo actual. Pero no sólo eso. Sabine Volk expone magníficamente cómo incluso en lo que es puro margen, territorio en suspenso, cabe cierta organización, determinado sedentarismo organizado o, mejor dicho, una amenaza de sedentarismo sostenible. Esta incoación de sedentarismo – resultado de un nomadismo sin cesar pospuesto (los habitantes de Calais esperan poder pasar a Inglaterra en algún momento) – es precisamente la que, meses atrás, preocupó al gobierno francés, que disolvió por completo la llamada “jungla de Calais”. Sabine Volk nos expone hasta qué punto esa jungla, en cierto modo, no era tal. Su trabajo muestra la resiliencia que determinados tipos de organización espontánea muestran ante una biopolítica de la dispersión, de la entropía controlada. En su magnífica aportación, Sabine Volk pone también de manifiesto cómo este reducto de relativo orden en el desorden eleva el clamor por una vida digna, por el derecho a vivir en algo semejante a lo que se había pre-organizado: precisamente un asentamiento parecido al de una ciudad, una no-jungla. Esta queja por un derecho a un asentamiento organizado no se eleva a modo de queja abstracta, sino que también se performa, se pre-realiza en el modo de ese asentamiento espontáneamente organizado que es o era la “jungla de Calais”. Así, esta espontánea contra-entropía del reducto calaisiano plantea la cuestión del derecho de aquellos que no han sido siquiera reconocidos como refugiados a vivir constituyéndose en población, a organizarse arquitectónicamente en aglomeración, en urbe que no sea una jungla, sino que tenga sus arterias y sus redes.

Notemos la siguiente paradoja: lo que alarma a las autoridades no es tanto lo que denuncia la enunciación de “jungla”, a saber, el desorden de Calais sino más bien la tendencia contraria. Preocupa la tendencia a la organización de esa aglomeración espontánea. Preocupa una inercia de orden que amenaza con ser sostenible. Sorprende y preocupa la capacidad espontánea con que los migrantes se han auto-organizado en una entidad supraindividual que amenaza con ser duradera.

Precisamente por ello la “jungla” de Calais ha sido disuelta: ese hacedor de orden que es el Estado ha aumentado la entropía de un reducto *demasiado* bien ordenado o con una clara tendencia a estarlo.

Dicho en términos generales, del desorden pueden surgir órdenes sumamente disfuncionales para la biopolítica de los Estados, más disfuncionales aun que un desorden más o menos descontrolado. De hecho, la tecnología permite, a día de hoy, que ciertos actores geopolíticos saquen mayor beneficio del desorden que del orden. No en vano habla el refranero español de “pescar en río revuelto”. Así, ha habido un caos inducido en Oriente Medio por grandes potencias que ha promovido una situación de mayor rentabilidad y explotación que la ofrecida por Estados fuertes, garantes de cierto orden y gestores de sus territorios. Para la expansión del capitalismo globalizado y financiero, la lógica del Estado se ha convertido en un serio problema. A día de hoy, la explotación no toma el aspecto de una estatalización de un territorio salvaje, sino más bien la forma de una destrucción de todo estado fuerte (Iraq, Libia y Siria son ejemplos de ello; quizá Egipto vaya camino de serlo).

En resumidas cuentas, las fronteras limitan la circulación al tiempo que la inducen o la producen. Esta producción de un cierto tipo de circulación corresponde también a una determinada producción de subjetividad. Peter Faria hace observar en su artículo cómo, en cambio, la tentativa de re-organizar la movilidad que se desprende de esa medida de cierre temporal de las fronteras, junto con la amenaza de una suspensión de Schengen no revelan tanto un retorno a modos de gobierno anteriores (estructurados en estados naciones), cuanto un trance, un compás de espera estratégico, en el que la máquina soberana de la gobernabilidad, puesta en solfa, busca reorganizarse para dar con una nueva forma de gestionar biopolíticamente la movilidad.

Ahora que las fronteras europeas parecen cerrarse, puede ser interesante preguntarse qué es lo que ello significa más allá de Europa. ¿Cómo los cuerpos, los sujetos y los colectivos viven en los países no-europeos, con fronteras geográficas (geográficas o de otro orden) que han sido trazadas desde los dispositivos coloniales. De eso se ocupan los dos artículos que cierran esta precuela, y que invocarán también algunos desarrollos del pensamiento decolonial, con la consiguiente puesta en tela de

juicio de la economía discursiva que subtiende la geopolítica colonial. La contribución de Manuel Tangorra, invocando los trabajos del profesor Rodolfo Kusch, pone de manifiesto hasta qué punto la revolución epistemológica que ha generado el pensamiento decolonial permite pensar de nuevas la “ontología” de la frontera y, con ello, de los movimientos migratorios y otros aspectos ligados a la geografía en toda su riqueza. Juliano Bonamigo Ferreira de Souza completa esta perspectiva decolonial con los interesantes análisis de Eduardo Viveiros de Castro. La fractura entre naturaleza y cultura, esencial a la representación científica del mundo, ha penetrado la antropología cultural; se trataría, antes bien, de pensar otros modos de hacer antropología y etnografía, otros modos de relación a la alteridad.

Terminaremos con lo que puede entenderse como la cifra de la apertura posible (y *transcendentalmente* necesaria) del tema de la frontera a otros aspectos de la vida y del pensamiento. Jasmina Jovanovic nos propone cinco poemas que darán pie a un extraordinario comentario inédito del filósofo francés Jean-Luc Nancy. Jean-Luc Nancy, gracias a los poemas de la poetisa serbia Jasmina Jovanovic, obra pues la transición al resto del número monográfico (que aparecerá, presumiblemente, en diciembre del 2017), a saber, a una meditación sobre la frontera que habrá de movilizar precisamente los elementos fenomenológicos que están en la base de las reflexiones aquí presentadas, y que son el *fundamento transcendental* del sentido de las fronteras físicas (geográficas, culturales, políticas). Nos referimos a uno de los temas predilectos de Jean-Luc Nancy, a saber, las relaciones, vertiginosas y lábiles, que en todo sujeto se tejen entre el adentro y el afuera. Adentro y afuera que acaso no hayan de entenderse como adentro y afuera *físicos* o meramente fisicalistas (o al menos no exclusivamente) sino, antes bien, como una distinción adentro-afuera de cariz transcendental-fenomenológico.